

El Edmundo Dantés centroamericano

José León Sánchez, volvió a la sociedad, no para cobrar revancha, sino para servirla

Mariano Baptista-Gumucio

José León Sánchez, el popular escritor costarricense, posee esa difícil facilidad que consiste en elegir títulos bonitos para sus novelas. Mariano Baptista-Gumucio le ha entrevistado para FWF y compara su agitada historia a la de Charriere.

FWF San José, Costa Rica.— Si el español no fuera un idioma "marginal" en el mundo contemporáneo —frente al inglés, el francés o el ruso— la historia y los libros de José León Sánchez, de Costa Rica, habrían tenido hace tiempo una notoriedad mucho mayor que la de Henri Charriere, el autor de Papillon. La comparación es inevitable, pues ambos sufrieron cárcel y castigos y emergieron de la prueba con un testimonio literario.

Pero ahí concluyen las semejanzas, pues José León Sánchez —preso durante diecinueve años en el penal de la isla de San Lucas— es autor no solamente de *La isla de los hombres solos*, sino también de varios títulos de parecido mérito: *Cuando canta el caracol*; *A la izquierda del sol*; *De qué color es el viento...*

—¿Y esos títulos, José? —le pregunto.

—¿Verdad que son bonitos? Por aquí dicen que sé escogerlos bien. En realidad es un consejo de mi amigo Hemingway, cuando me escribía a la cárcel. Siempre me decía que la mitad del éxito de un libro se debía al buen título y que el autor debía pensar siempre en el efecto que produciría en el lector la imagen del libro en la vidriera de una librería. Me citó alguna vez el caso de François Sagan con su *Buenos días tristeza*, que lo tomó de un poema. Yo primero escribí el libro y luego le doy muchas vueltas al título, hasta encontrar el que me gusta...

Mientras este hombre moreno, bien plantado, canoso, me habla con vivacidad y rapidez, sin vacilar en la elección de sus palabras, pienso en las cosas terribles, sobrecogedoras, que cuenta en el libro que lo ha hecho famoso (por lo menos en esta parte del mundo), *La isla de los hombres solos*, ya que tiene 30 ediciones en México, 7 en España, 5 en Costa Rica, y que ha sido traducido en los Estados Unidos, Francia e Italia.

Mientras al leer *Papillon* el lector no puede dejar de pensar en las varias vidas e historias que debió haber mezclado Charriere para componer su personaje autobiográfico, en el libro de José León Sánchez, escrito no a la distancia sino en el Penal mismo, impresiona tanto su feroz autenticidad como el vigor y la madurez de su prosa, que no pretende ser gramaticalmente correcta pero que envuelve al lector en la trama, obligándolo a continuar la lectura hasta la última línea.

—Yo soy un escribidor, no un escritor —dice José León.

—¿Por qué dices eso? Ahora mismo ocupas la vicepresidencia de la Asociación de Escritores de Costa Rica y tienes varios libros publicados; no uno solo.

—Pues si quieres llamarme escritor debo ser el escritor más analfabeto de América Latina, pues nunca pasé del primer grado de primaria. No pasé, por burro, al segundo año. Yo me refero a los escritores de verdad, que han ido a la Universidad, que son académicos —y José León sonríe.

Pero esos académicos a cuyo gremio, en el fondo, José León no quiere pertenecer, permanecen en un semi-anonimato; mientras él, desde hace años, es una de las personalidades más conocidas en su país y en América Latina.

Evoquemos su historia: nacido en el año 1930, es internado en un hospicio de huérfanos hasta sus siete años y luego en un reformatorio hasta los 14, cuando huye y deambula por Centro América. A los veinte años, en unión de dos compinches,

participa en un robo de joyas a una Virgen y, en la huida, el grupo mata a un vigilante. La culpa recae sobre José León, condenado a 45 años de cárcel.

En 1954, después de 17 intentos fallidos, José León escapa y se une a un grupo revolucionario. Cae herido y es detenido nuevamente. En la penitenciaría permanece castigado por nueve meses en un calabozo. En 1959 retorna al penal de San Lucas. Para entonces ya ha despertado su vocación literaria y escribe un cuento que serviría mucho para cambiar el régimen penal de su país: *Una guitarra para José de Jesús*. En 1963 gana un premio nacional con otro cuento: *El poeta, el niño y el río*. Estudia Derecho Penal y, al asumir su propia defensa, logra una rebaja de 15 años en su pena.

De San Lucas es trasladado a la cárcel de Heredia y luego a la de Alajuela. En el interin organiza y dirige clubes de donadores de sangre, bibliotecas y escuelas en favor de los penados. En 1967 obtiene otro premio nacional por la publicación de dos de sus libros. Finalmente, en junio de 1969 adquiere plena libertad.

—¿Es verdad que fuiste agragado cultural de la embajada de Costa Rica en Washington? —inquiero.

—No exactamente. Te contaré cómo fue la cosa. Yo fui una de las cinco personas que dirigieron la campaña electoral del Presidente Figueres, (soy además miembro del partido de Liberación). Después viajé con una beca de las Naciones Unidas y cuando estaba en Estados Unidos me llegó el nombramiento. Pero yo no sirvo para eso, para estar detrás de un escritorio en una embajada.

Me volví aquí, donde trabajo en una agencia de publicidad. Ahí es donde me gano los frijoles de cada día... También escribo artículos en los periódicos y justamente por uno de ellos mi amigo el presidente Figueres anda un poco resentido: sucedió que un guardián, sin saber lo que hacía, partió en dos a un preso, con una ráfaga de disparos. Y no es cuestión de silenciar estas cosas, porque pueden repetirse. Yo denuncié el caso y al gobierno no le gustó el escándalo.

—José, te he oído decir que no apruebas la conducta del Partido Comunista de Costa Rica. Sé también que, para tu libertad y tu reincorporación a la vida social, tuvo mucho que ver el presbítero Carlos Rodríguez Quirós, actual Arzobispo. ¿Cuál es tu posición política o

filosófica?

—He censurado que los comunistas de mi país, en lugar de ocuparse de los campesinos o de los obreros, estén dedicados al comercio del café y de los bananos. Varios de sus dirigentes son prósperos hacendados. Es verdad que el Arzobispo me ayudó mucho cuando era capellán de la Penitenciaría y le estoy por ello profundamente reconocido. Pero no tengo una posición religiosa definida. Quisiera que todos seamos hermanos; pero encuentro que la religión, la política o la filosofía, sólo nos desunen y hacen que nos odiamos. En cuanto a mi visión de la vida, es por fuerza, muy amarga.

—¿Qué planes tienes ahora?

—Me gustaría ayudar en un experimento formidable que se está haciendo en Toluca, México: el autogobierno de los presos. Se quiere establecer si es posible que un penal sea manejado por los propios reclusos. Los sistemas penales del pasado han fallado siempre porque nunca se tomó en cuenta a la persona que los sufre, al preso que se debe rehabilitar. Por otra parte, las Naciones Unidas nos han invitado a Charriere, al norteameri-



José León Sánchez izquierda con el poeta nicaragüense Ernesto Corderal durante el seminario de escritores latinoamericanos celebrado recientemente en nuestro país. (FWF).

cano Nathan Leopold (recluso desde el año 23 y protagonista del libro y de la película *Compulsión*, sobre dos jóvenes que han asimilado malamente las teorías de Nietzsche y matan a un amigo al que desprecian intelectualmente), y a mí, para integrar un comité que estudiará los problemas de la delincuencia. También me interesa mucho trabajar en ese proyecto.

A José León Sánchez se lo ha

llamado también el Edmundo Dantés centroamericano; pero, a diferencia del héroe de Dumas, que salió del encierro para saborear el vino de la venganza, este hombre, que durante diecinueve años fue testigo y actor de un mundo de horrores y hajezas que su pluma ha rescatado para la literatura, extrañamente ha vuelto al seno de la sociedad, no para cobrar revancha, sino para servirla.